

2

JOSE ANGEL VALENTE

Poemas
a
Lázaro

índice

JOSE ANGEL VALENTE

NACIÓ en Orense el 25 de abril de 1929. Hizo sus primeros estudios en Santiago, trasladándose en 1947 a Madrid, en cuya Universidad se licenció en Filosofía y Letras. Cultiva el ensayo y la crítica literaria. Ha traducido poemas de Hopkins, Cavafis y Montale entre otros. En 1954 obtuvo el Premio Adonais de poesía con su libro *A MODO DE ESPERANZA*. De 1955 a 1958 fue miembro del Departamento de Español de la Universidad de Oxford. En 1958 se trasladó a Ginebra, donde reside en la actualidad.

El ciclo de *POEMAS A LÁZARO* representa un doble desarrollo, en intensidad y extensión, de los temas enunciados en el libro inicial del poeta. Siguen poseyendo estos versos un perfil inconfundible de «meditación enjuta, a veces sincopada, que es de arriba a abajo enormemente característica».

LA significación de este libro dentro del reciente panorama de la poesía española puede residir en la afirmación de una forma de realismo o de objetividad en la creación poética, de la que el autor da razón en otro lugar: «El objeto del poema — escribe — tiene un margen sagrado de libertad que la conciencia del poeta no puede profanar más que a riesgo de condenarse a la autocontemplación en el vacío. La realidad tiene su propio derecho a existir, a sobrevivir, a no diluirse en la mirada. Dentro de ese margen de libertad el objeto del poema se manifiesta por sí mismo, se realiza o toma cuerpo por su propio poder en el medio verbal que el poeta le tiende. El proceso creador es un proceso bilateral en el que no sólo interviene de modo activo el poeta sino en el que el objeto impone también su condición y su ley».

1^ª Edición
de 1960
2000.-

POEMAS A LAZARO

JOSE ANGEL VALENTE

R-8026-A

POEMAS A LAZARO



Esta primera edición de POEMAS A LAZARO comprende 25 ejemplares fuera de comercio, numerados del I al XXV y firmados por el autor.

DEPOSITO LEGAL M. 987 - 1960

ARTES GRAFICAS E. M. A. CALLE DE LA PAZ, 8 - MADRID

*... me muero cada día
y cada día resucito.*

M. DE U.

*... un hombre que vigila
el sueño, algo mejor que lo soñado.*

A. M.

... ¡qué poco tiempo más único!

J. R. J.

POEMAS A LAZARO

PRIMER POEMA

No debo

proclamar así mi dolor.

Estoy alegre o triste y ¿qué importa?

¿a quién ayudaré?

¿qué salvación podré engendrar con un lamento?

Y, sin embargo, cuento mi historia,

recaigo sobre mí, culpable

de las mismas palabras que combato.

Paso a paso me adentro,

preciosamente me examino,

uno a uno lamento mis cuidados

¿para quién,

qué pecho triste consolaré,

qué ídolo caerá,

qué átomo del mundo moveré con justicia?

Remotamente quejumbroso,

remotamente aquejado de fútiles pesares,

poeta en el más venenoso sentido,

poeta con palabra terminada en un cero

odiosamente inútil,

cuento los caedizos latidos

de mi corazón y ¿qué importa?

¿qué sed o qué agobiante

vacío llenaré de un vacío más fiero?

Poeta, oh no,
sujeto de una vieja impudicia:
mi historia debe ser olvidada,
mezclada en la suma total
que la hará verdadera.
Para vivir así,
para ser así anónimamente
reavivada y cambiada,
para que el canto, al fin,
libre de la aquejada
mano, sea sólo poder,
poder que brote puro
como un gallo en la noche,
como en la noche, súbito,
un gallo rompe a ciegas
el escuadrón compacto de las sombras.

I

SOLILOQUIO DEL CREADOR

“Dijo Dios: Hagamos al hombre”
(Gén., 1, 26.)

La criatura
salida de mis manos
alzó los ojos ciegos, dijo: “Tú”.
Sabía que era
distinta de mí mismo.
Creía en mí.

(Oh, nunca tanto amor
debió abrasar tan quebradiza hechura.)
Alzó los ojos ciegos: “Tú me has hecho,
ahora te pregunto. ¡Dime, dime!”
(Envuelta en mí latía,
no con vida distinta...)
“¡Dime, dime!”

(... pero jamás podría
comprender mi palabra.)

EL MURO

(Voz de la creatura)

En la espesura de este muro puse
mi oído. Golpeé tres veces,
cien, mil, toda la vida. Dije
tu nombre, dije:
“No sé tu nombre”.

Puse mi oído; deseaba voces,
una respuesta, un eco.

Golpeé hasta la muerte: largos
muros, silencio, viento... y más allá
caí.

Banderas

de pena y tiempo arrastraba la noche...

Y más allá caí para engrosar el muro
espeso en que clamaba.

Caí, caí, caí...

Y más allá caí, del otro lado
de la humana esperanza.

EL EMPLAZADO

No me llames después
ni quieras
a eternidad remota
aplazarme y juzgarme.

No me llames después:
hay tantas cosas
de llanto y luz urdidas
—ahora, cerca
de mí— que la vida limita.

No a eternidad me llames, no me llames
después, ni quieras
emplazarme remoto.

Mira estas manos tristes
de recordarte en tanto
humano amor, en tanto
barro que te reclama y no me llames
después: júzgame ahora,
sobre el oscuro cuerpo
del amor, del delito.

EL ALMA

A Carlos Bousoño.

¿Dónde apoyar la sed
si el labio no da cauce?
¿Dónde la luz
que el ojo ya no sabe?
¿Y dónde el alma al fin
sin forma errante,
en qué cámaras ciega,
anónima en qué aire?

No, tú no existirás
en la espera terrible
sin rama en que posarte,
hasta que el barro sople sobre ti
y en nueva luz te alce
a tu reino completo,
para hacerte visible a los ojos del Padre.

CAE LA NOCHE

Cae la noche.

El corazón desciende
 infinitos peldaños,
 enormes galerías,
 hasta encontrar la pena.
 Allí descansa, yace,
 allí, vencido,
 yace su propio ser.

El hombre puede
 cargarlo a sus espaldas
 para ascender de nuevo
 hacia la luz penosa-
 mente: puede caminar para siempre,
 caminar...

¡Tú que puedes,
 danos nuestra resurrección de cada día!

EL MILAGRO

Ciegos
del país de la sombra,
del muro aquel de las tinieblas: aves,
torpes aves nocturnas
en el centro del día...

Hermano, amigo,
si te encuentro y te digo:
“¡tengamos esperanza!”,
¿dónde ponerla luego?
Pero al menos unamos
nuestras oscuridades,
el paso vacilante
a la ciega pupila.

Porque nada sabemos
de lo que aguarda al cabo
de la noche. Palpamos su presencia,
el bulto que adelanta, y surge
entonces la plegaria:
“¡Oh, si la luz se hiciese!
¡Si el barro y la saliva
se uniesen en los dedos
que pueden el milagro!”

Ciegos
del país de la sombra.

Bodas

de la noche y el día.

Mano

—después de tanto sueño—

que abrirá nuestros ojos

al rayo duradero.

II

ENTRADA AL SENTIDO

La soledad.

El miedo.

Hay un lugar
vacío, hay una estancia
que no tiene salida.

Hay una espera
ciega entre dos latidos,
entre dos oleadas
de vida hay una espera
en que todos los puentes
pueden haber volado.

Entre el ojo y la forma
hay un abismo
en el que puede hundirse la mirada.
Entre la voluntad y el acto caben
océanos de sueño.

Entre mi ser y mi destino, un muro :
la imposibilidad feroz de lo posible.

Y en tanta soledad, un brazo armado
que amaga un golpe y no lo inflige nunca.

En un lugar, en una estancia —¿dónde?
¿sitiados por quién?...

El alma pende de sí misma sólo,
del miedo, del peligro, del presagio.

EL DIA

Si el día llega, cuando llegue el día,
si el día llega para ti no esperes,
hunde la débil nave en las orillas,
como si nunca hubieras de volver,
no esperes.

Porque nada regresa de la noche
avanza con firmeza.

Si encuentras luz hasta las heces bebe.
Pero no esperes nunca, nunca esperes
la madurez del fruto hasta muy tarde.
Ahora débil pende, no vacile
tu mano, débil pende.

Lejos está el comienzo. No hay orillas,
sólo un naciente olvido: el tiempo es breve,
el límite es incierto,
voraz el ancho reino de la sombra.

LA ULTIMA PALABRA

No aguardo nada; nada
puedo aguardar.

Yo mismo me pronuncio
—un ángel no,
yo mismo—
en esta soledad.

Ya nunca un ángel,
nunca;
yo
para siempre jamás.

Y, cuidadosamente,
he dispuesto mis armas,
tales como un cuchillo,
una palabra, un
dolor: afile
la voluntad.

Y cómo, sin embargo,
huiría dejando
campo y armas.

No hay paz,
no hay tregua.

Nunca un ángel;
yo mismo
pronunciaré la última palabra

en esta soledad.
Porque he sido erigido
hombre en memoria mía :
firme entre las oscuras
potencias de la noche
mi libertad está.

LA CABEZA DE YORICK

La cabeza de Yorick
es pelada y redonda: examinemos
la cabeza de Yorick
el bufón, el alegre
cuenco donde el ojo bailó,
la frente donde
para siempre descansa el pensamiento.

Tomemos su cabeza
como una hueca caja,
donde ni el aire finge
un residuo de alma.

Este era Yorick,
de pies y risas hábiles
y palabras certeras.

Tomemos en silencio
su desnuda cabeza.

La cabeza de Yorick
es pelada y redonda: examinemos
la cabeza de Yorick
el bufón y dejémosla
caer de nuevo al polvo como
si nos decapitásemos.

LA LLAMADA

Temprano, en la mañana, la llamada.
 Tal vez es el teléfono que avisa
 y me levanto a ciegas,
 tentando el despertar sin ver su rostro.

Tropiezo en los residuos de la víspera,
 cuanto hay de ayer en hoy me sale al paso,
 y con torpeza y sumisión recojo
 la llamada en el alba, tan temprana.

“Quién es, quién, quién”.

Silencio.

Alguien dice mi nombre y calla luego.
 El despertar se rompe en nueva sombra.

“Quién, quién —repito—, quién tan pronto”.

En mil pedazos salta la mañana.

Desde el umbral me llega, tibia y sola,
 la voz de la mujer envuelta en sueño,
 caída aún en la última caricia,
 (“quién era, quién, quién era...”)

Se deshacen

lentamente la luz y las palabras,
 la voz de la mujer resbala lejos,
 muy lejos, más allá
 que la otra voz —allá— de la llamada.

EL DESCUIDADO

Hay una lluvia igual.

Bajo los puentes del descuido
nada comenzará.

Aquel cuidado está tan alto
que nadie lo podría hallar.

Un pájaro o la mirada
se alejarán, se perderán.

Lo próximo y lo lejano
se identifican en la paz
del descuido bajo los puentes
donde nada comenzará.

En el olvido o la memoria
hay una lluvia igual.

En el aire la mano queda
entre el soñar y el despertar,
suspendida entre dos reinos
de idéntica irrealidad.

Alguien ha dicho una palabra
como silencio en un hondo mar,
mientras el aire iba y volvía
de eternidad a eternidad.

LOS OLVIDADOS Y LA NOCHE

Cuando aparecen ante mí, terribles,
suavísimos rostros,
sus contornos se mezclan
y adelantan una sola figura.

Bajo la transparente piel
de aquel amor y el agua solitaria
brillan los ojos de mi madre antes
de haberme concebido.

¿Soy yo quien pasa o sois vosotros?
¿quién está detenido?
¿quién abandona a quién?
¿quién está inmóvil o quién es arrastrado?

Madre, después de tanto
hilarme a tu pupila,
después de haber edificado un reino de esperanza,
después de haber soñado
cuanto soy, cuanto tengo,
no habré hablado contigo.

¿Pero podríamos hablar?
¿hay tiempo?

Dadme un día,
detened un día
el implacable paso,

el terrible descenso
—vuestro, mío—
para que pueda así
escoger la palabra, el adiós, el silencio:
para que pueda hablaros.

Mientras escribo sobre
la resistencia de mi propio cuerpo,
el mundo habrá pasado,
habrá cerrado el ciclo,
completado el retorno
de su nada a su origen,
y yo seré antepasado pálido
de mi futuro olvido.

Puedo deciros que esta misma noche
vuestro feroz recuerdo ha devorado
mi amor,
envejecido el rostro de mis hijos,
mutilado los besos,
reducido mi pecho a soledad.

Porque nada de lo vivido
puede darnos más vida:
sé que no soy,
que no me pertenezco.
Pasé por vuestros ojos
y creí desgarrarlos, arrastrarlos conmigo,
mas fué vuestra pupila la que hizo presa en mí.

Jirones de mi ser,
banderas,
viento como un gemido

largo en el corazón...
Inmóviles aún,
como os dejó mi olvido,
pálidos de mi sangre,
conjurados en una sola acusación.

¿Soy yo el culpable?

Lejos el tiempo y el lugar,
la primavera cómplice y el aire
de la inocencia en el jardín...

La amistad es un puente roto,
los besos han volado el amor hecho añicos,
y a un lado y otro lado
permanecemos solos,
dando voces, llamándonos,
gesticulando, mientras
la corriente se ensancha y yace
consumido el crepúsculo.

Inmensa noche. Solitaria noche.
(Despojada de mí busco mi cuerpo en vano,
sigo en vano mi voz)

Noche: mi sueño
no la puede durar.

TUVE OTRA LIBERTAD

Tuve otra libertad,
la amé con otro nombre.

Entre
el deseo y su objeto había un tiempo
reducible a esperanza.

Los muros eran altos
para no ver,
los cielos eran altos
para no ver: el sueño
alto para no ver
más sueño que el soñado.

La semilla caía y enterraba
con ella la mirada
redonda para el fruto.

El aire estaba lleno
de poder y de pájaros,
el cuenco maternal
de hondo reposo,
la oración de respuesta
y de luz suficiente.

Pero no hablo de ti, no hablo
de lo que no recuerdo.
Durar pudo la vida,

segura y repetida,
ser promesa de un dios.

Y todo
pudo ser pasto oscuro
de otro dios, de otro sueño.

LA LUZ NO BASTA

La luz..., pero no basta;
no me basta mirar.
Porque empapado está el mirar de sueño,
contagiada la luz por el deseo,
engañados los ojos hasta el blanco
candor de la pupila.

Ojos siempre infantiles,
ávidos del engaño,
sobornados por cuanto finge el aire,
dejadme con el tacto
servil y la certeza
simple de lo que toco.

No me basta mirar;
la luz no basta.
Porque he mirado en vano tantas veces,
tantas veces en vano creí ver.

Tacto que no adivina,
tacto que sabe quiero,
ganapán receloso,
zafio leal palpando,
para creer, el tenue
residuo del milagro.

Ven,
amigo, campesino

de tosca astucia, viejo
tacto, sentémonos
a la orilla del aire
propicio a la mirada.
Pero tú aquí, conmigo
—en el umbral de tanta
celeste maravilla—
con la simple certeza
de las cosas que toco
y me ofrecen su lomo
melancólico y manso
de domésticos canes.

EL SUEÑO

Por una espesa y honda
avenida de árboles que unen
en lo alto su copa y pesadumbre
el sueño avanza.

Abre sus grandes alas,
sus poderosos brazos
de lenta sombra y noche grande: cierra
contra todo horizonte.

En el centro del aire
cabecea un navío,
rodeado de enormes
territorios de sueño.

El sueño avanza: pone
su silenciosa planta
en el umbral de nuestra
transitoria vigilia.

Acaricia y golpea,
llama con voz suave
y entra como un río
de seguro poder.

El sueño halaga,
porfía y nos rodea,
hasta que al fin caemos

en su seno girando
como plumas, girando
interminablemente.

Esta es la inerme paz, la sosegada
mentira de la sombra.

El sueño multiplica
su rostro en un espejo
sin fin: vértigo quieto, inmóvil
torbellino.

¡Gritad! Pero no; el grito
es también sueño. Ahora su dominio.
Potestad de la noche.

EL ODIO

Nos miramos midiendo
el alcance feroz de la pupila.
Nos abrazamos en mortal abrazo
y rodamos unidos.

Ya casi no sabíamos
en el estrecho nudo
qué cuerpo golpeábamos,
qué corazón buscábamos
con los aceros lívidos del odio.

Primero había luces
como en un "ring", espesos
gritos, humana sed de sangre.

Alguien contaba
los golpes hasta diez,
hasta diez las caídas, hasta diez
mil el amarillo jadear rencoroso.

Después se borró todo.

Luchábamos en medio
de un oscuro desierto
de arena o de cenizas
que el odio calcinaba.

Y alrededor la noche
y noche y noche, hasta romperse

la noche en alaridos
de silenciosa sombra.

El espanto rodaba
como una roca inmensa,
y los cuerpos unidos
eran un solo cuerpo
turbio de amor, que el odio
sorbía hasta las heces.

EL OTRO REINO

A Alfonso Costafreda.

Pero también levanto
mis ojos hacia el cielo...

Ved: hoy vuela

un ave allá en la altura.
Dios la distrae y vuela
sobre nuestras palabras.

La llamo: “¡Ohé...! ¡Desciende!”,
pero ella vuela arriba.
Parece exenta, sola,
perdida allá en su sueño.

La llamo y no me escucha.
¿Es que su reino es otro?

En círculos enormes
abarca cuanto veo,
cuanto me ata a la tierra,
al barro, al tiempo, al paso
vivaz de la alegría.
Pero el vuelo es arriba
indiferente y otro.

Vuela la distraída,
yo le tiendo celadas;

pero a otro poder
obedece, no al mío.

Anchas las alas son,
tranquilo el vuelo,
inagotable el aire
de su enorme obediencia.

III

COMO UN RELAMPAGO

Como un relámpago estallaba
a nuestros pies
la vida,
a nuestros ojos, a
nuestras cabezas.

Cuántas veces con pena, con amor,
con deseo, furiosamente
siempre, pronunciaríamos: vida.
Ahora no sabíamos
de qué lado inclinarnos
para oírla mejor,
para ceñirla con más vida,
porque a manos, a cielos
llenos, a relámpagos
sobre lo azul o sobre
lo verde o lo amarillo,
sobre el tranquilo mar
o las rocas oscuras
estallaba.

Nos seguía también
por la desconocida
ciudad de largas calles, donde
nadie sabía de nosotros más
que aquel visible amor
que llevábamos puesto.

La respirábamos
sin saber, casi
sin darnos cuenta.
Tú dijiste: "deténla",
y no era posible.

Ahora la memoria
en soledad la busca.

Pero difícil es
y triste
con manos pensativas
reconstruir la simple
razón de la alegría.

SON LOS RIOS

No te detengas, sigue ;
no vuelvas la mirada.
No podemos volvernos.
Todo lo que ya he muerto
me alcanzaría ahora.

Como al agua primera
del descenso de un río
me sigue cuanto he ido
arrancando a mi paso,
cuanto he desgajado,
cuanto he ido muriendo.

No vuelvas la mirada ;
no te detengas.

Baja
en la oscura corriente
mi cadáver de niño,
un rostro entra la sombra,
el caído silencio
de aquel amor, aquella
rota imagen del sueño.

No podemos volvernos.
Ellos siguen mi curso,
seguros, con su opaca
tenacidad de muertos.

Pero tú ven conmigo;
nunca vuelvas los ojos.
Saltemos ciegamente
hacia más y más cauce,
hasta que el tiempo aquiete
sus pasos en la noche
y cuanto nos seguía
al cabo nos alcance.

PERO NO MAS ALLA

Pero no más allá, no debo herirte,
no debo herirte más cuando me acerco
con palabras de amor hasta los bordes.

Pero no debo herirte...

A veces cuando
me acerco a ti con tanto amor escondo
en lo profundo un áspid, un veneno,
un agudo cuchillo que ignoraba
y que hiere al amor donde más duele.

A veces pongo esta palabra: pan,
sobre la mesa y suena a muerte, pongo
la palabra amistad y alguien levanta
el brazo armado para defenderse.

Pienso en amor y algo tus labios hiere,
pronuncio luz y lejos gime el día:
algo que mata el corazón oculta,
algo que entre el amor yace y de pronto
puede matar, herir cuando no quiero.

Cuántas veces he dicho vida y cuántas
tal vez muerte escondía sin saberlo,
cuántas habré cegado la esperanza,
cuántas, creyendo luz, habré arrojado
palabras, piedras, sombra, noche y noche
hacia el sol que amo tanto.

CUANDO ESTOY ANTE TI

Cuando estoy ante ti
no contemplo lo eterno.

Estos ojos tendrán,
no sé cuándo, algún día,
ese ajeno horizonte.

Ahora te miro a ti,
fugaz de risa y tiempo,
y tengo lo que es mío.

Ciegamente giramos
alrededor de nuestro
amor y a un tiempo
alrededor de un sol
de implacable dominio.

En un pequeño punto
de la inmensa parábola,
nuestro amor es un reino
amenazado arriba
por el alto y remoto
fulgor de las estrellas.

Aún no estamos quietos
en lo eterno. Mi mano
puede alzarse o bajar
lenta sobre tu pelo.

Se pronuncia el amor,
el agua pasa, puede
ser adiós la caricia.

Sé dónde estoy: aquí,
la duración del beso
o la mirada.

(Anega
todo tu amor mi hombría.)

Arriba, las estrellas.

Yo tengo lo que es mío.

HEMOS PARTIDO EL PAN

Hemos partido el pan.
Está dispuesta
la vida a comenzar.
Hemos partido el pan,
los alimentos, hemos
dividido los sueños por igual.
Esta es tu casa.
Estoy, está
tu risa: he dicho
la verdad.
Hemos partido el pan
trémulo de futuro.
Hemos partido el pan.
La mesa está cubierta
de claridad.

MATERNIDAD

Como la tierra, madre,
como la tierra donde el fruto cae
para hacerse semilla
que ha de volver al aire.

Ni el tiempo ni la tierra
eran más fuertes,
ni el tiempo ni la tierra que giraban
alrededor de tu desnudo vientre.

Con tu propio poder
quién te pudiera
repetir conjurando las raíces,
las poderosas savias de la tierra.

Quién te pudiera repetir desnuda
bajo el dolor de tu poder más fuerte,
en el oscuro rito, madre,
remotamente madre desde siempre.

No era el grito lamento,
no era el dolor gemido,
eran invocaciones y llamadas
a las potencias cómplices del rito.

Yo te buscaba por tu nombre: estabas
sola y conmigo y tan lejana...; eras
mi propio amor, mi propio amor haciéndose
remota entraña de la primavera.

JOSE ANGEL VALENTE

Yo te llamaba por tu nombre en vano,
yo te llamaba ciegamente donde
eras puro latido desdoblándose
para hacer fruto en ti lo que en mí es hombre.

Y ahora te llamo solamente madre,
madre como la tierra o las semillas,
las raíces, las savias... madre, entraña,
latido, vida.

IV

OBJETO DEL POEMA

Te pongo aquí
rodeado de nombres: merodeo.

Te pongo aquí cercado
de palabras y nubes: me confundo.

Como un ladrón me acerco: tú me llamas,
en tus límites cierto, en
tu exactitud conforme.

Vuelvo.

Toco

(el ojo es engañoso)
hasta saber la forma. La repito,
la entierro en mí,
la olvido, hablo
de lugares comunes, pongo
mi vida en las esquinas:
no guardo mi secreto.

Yaces

y te comparto, hasta
que un día simple irrumpes
con atributos
de claridad, desde tu misma
manantial excelencia.

EL CANTARO

El cántaro que tiene la suprema
realidad de la forma,
creado de la tierra
para que el ojo pueda
contemplar la frescura.

El cántaro que existe conteniendo,
hueco de contener se quebraría
inánime. Su forma
existe sólo así,
sonora y respirada.

El hondo cántaro
de clara curvatura,
bella y servil:
el cántaro y el canto.

ROTACION DE LA CREATURA

La semilla contiene todo el aire ;
 el grano es sólo un pájaro enterrado ;
 la nube y la raíz sueñan lo mismo ;
 la savia abre la palma de la espiga,
 donde el sol y la lluvia se recrean
 y amasan con su amor el pan caliente ;
 el cielo del revés mira hacia arriba
 y apunta hacia su bóveda terrestre ;
 la tierra llueve cielo abajo pájaros
 y el cielo fecundado en primavera
 multiplica su luz gozosamente ;
 el sueño es un sonámbulo vigía
 y el despertar su sueño verdadero.

En el ojo de Dios verde y profundo
 la primera semilla aún busca el fondo,
 y todo gira allí del limo al hombre
 para que el mundo empiece todavía.

TRES FRAGMENTOS

I

(El gallo)

Vibra en la roja cresta
el fuego coronado
y despierta la sangre.

La arena está cubierta
de exhaustos luchadores.

Pero tú, el incansable,
alza tu poderío,
incorpórate, templa
la terrible garganta: clava
tus agudas espuelas
en los tibios costados de la sombra.

Corra toda su sangre,
sin fin corra su sangre.

Y viril nazca el canto,
como una saeta,
contra la noche hembra,
abatida en los campos.

II

(Gallo de la veleta)

Lo enciende el viento,
lo desnuda el viento.

Es olvido y mudanza
y también permanencia.

Parece casi un alma,
en memoria del alma
levantado en las torres.

En memoria del alma.

La primavera llueve
y le da mansa herrumbre,
el invierno se encrespa
en su aguda silueta.

Su azar es su destino
(gallo del desafío:
norte o sur, cara o cruz,
cambiadoras veletas,
veladoras veletas...)
en memoria del alma.

III

(Fragmento final)

¿Un día han de cantar en la tierra desnuda?

¿Proclamarán un día
cuyo sol solitario
alucinadamente
queme nuestros despojos?

¿Vacío estará el aire
y cantarán arriba,
metálicos y ciegos,
los gallos?

EL SAPO

El sapo melancólico
de húmeda palabra,
con pulso de agua humilde,
transparente y remoto que vibrara
para llenar el sueño de frescura,
asesinado yace a mediodía,
a medio mundo en luz.

Luz breve fué su canto.

Bajo el poder oscuro,
que acaso presintiera,
de tanta luz reposa.
Y ya no puede el aire
o la memoria de su flauta tenue
refrescar su garganta.

Mediodía:
ansiada luz que acepta y que devora.

Un cadáver gravita, pesa sordo
contra la tierra.

Más pesa su silencio.

Pobre muerte mortal de sapo claro
que cae desde su música ligera,
pesadamente muerto para siempre.

LA RESPUESTA

El hombre de la tierra
miró mis manos, dijo:
“No conocen el peso de la tierra.”

Escudriñó mis ojos: “No podrían
distinguir las semillas.”

Alzóse hasta mi frente:
“Ni el sol ni el aire la han sellado.”

Dijo

y volvióse a la tierra.

Largo tiempo
la estuvo contemplando. Nadie
mediaba entre los dos sino la tierra.

Durante largo tiempo el hombre
la miró con cuidado,
luego vino hacia mí,
solemne y simple,
como si al fin me hubiese
reconocido en ella.

EL RESUCITADO

Callaba como
si hubiese regresado de la muerte,
como si entre él y nosotros
hubiese un tácito secreto
al que fuese vano aludir.

A veces su mirada
caía tiempo y tiempo
sobre la clara forma de un objeto,
y parecía interrogar:
“¿qué sabes tú de mí?”

Tal vez aquello
que a nosotros nos sirve
para ganar certeza
no le bastaba a él:
como si detrás de sus manos
otras menos visibles
convirtieran en polvo
cuanto pudo tocar.

Jamás supimos
quién era ni
testimonio de quién.

Nunca dijo su nombre.

Solía contemplar
solitario los campos,
la faena de todos,
la humilde tierra abierta,
donde cada mañana
se alzaba milagrosamente el sol.

EPITAFIO PARA UN DESCONOCIDO

Cuando la noche caiga y vuelva
 el día, y los soles y el tiempo
 maravillosamente
 brillen sobre otros hombres,
 alguien sobre el lugar
 donde mi fe descansa
 pronuncie alegre: “amigo”.

Aunque ignore mi nombre
 y hable una lengua extraña
 y se interponga nieve
 de larguísimos años,
 alguien que cruce piense:
 “hubo una claridad como la mía erguida”,
 y sobre tanto amor diga una vez: “amigo”.

Que no enturbien su frente pena o melancolía.
 “Un hombre habitó—piense—
 estas mismas palabras:
 amor, claridad, lucha;
 yo las prolongo...”, y siga.
 En el oscuro reino me sentiré invocado
 hacia la luz: “amigo, amigo, amigo”.

EL PEREGRINO

Los que yacen aquí
no yacen, velan;
los que yacen aquí,
los que descansan
en paz bajo su nombre, según rezan
tiempo y piedra, no duermen,
velan siempre.

Cuando me acerco con desnudo paso,
me llaman, me preguntan,
me rodean de lejos:

“Habla, dinos.

¿Cómo era la vida?”

Alzo mi mano sobre el aire inmóvil,
alzo mi mano sobre la memoria
que corrompe la lluvia.

Digo: “Era...”

Y un sueño oscuro sube,
poderoso y remoto,
del olvido a la tierra.

LA MAÑANA

A José Agustín Goytisolo

La mañana desnuda, el diamante
purísimo del día...

Vale más despertar.

Las caravanas de los mercaderes,
los pescados resbalando otra vez hacia el mar.
En larguísimos carros, cubiertos de deseos,
veo pasar
a los pobres de espíritu
y a los pobres de pan,
los pobres de palabra
y de solemnidad.

Pero la mañana es azul y las montañas
beben su claridad...

¿Quién me llama, quién
desde el vagido del hambre—el sol es alto arriba—
se ha atrevido a llorar?

Las despedidas y los regresos
con iguales pañuelos; el sabor de la sal
como el amor amarga.

Nadie debe llorar.

La mañana desnuda: árboles, altos pájaros,
el invierno, el otoño... Paz.

Los campesinos muerden las semillas
que han de multiplicar;
alrededor del mismo miedo
aprietan el hogar.
Oh, nadie, nadie debe
llorar.

La luz es alta y pura para cuanto respira...

Y más allá
de su belleza,
y más allá ¿qué hay?

Pongo nombre a mis hijos,
edifico amistad.
Mas mi casa es de tiempo.

Qué claro despertar.

SALMODIA DE LA BUENAHOMBRIA

Bendito sea el domingo.

**El dulce pan de los pobres
y el amargo pan de los ricos.**

**El que tiene un amigo: bendito.
Y el que lo ha traicionado (éste
más bendición necesita): bendito.**

**Bendito el que ha encontrado
camino;
el que lo busca y nunca
lo encontrará: bendito.**

**Bendito el que tiene un hijo;
y el que tiene
un río,
porque tiene
menos: bendito.**

**Bendito el vino
alegre, la fiesta
y el padrino.**

**Bendito el corazón
de Dios, ancho como el domingo.**

DE TONTOS TENEBROSOS

¿Habéis visto
nada más tenebroso
que un tonto?

Un tonto tiene vastas
concavidades donde
sólo hay noche y arañas,
lentas arañas tristes.

Y el tonto viene a tumbos
de pajiza desgracia,
a tropezones negros,
dándose en las paredes
de sí mismo, cayendo
en lo más hondo.

Encuentra
cosas: “¿Es esto amor?”,
“¿es lluvia esto?”, “¿así es el mundo?” ..
El no lo sabe. Anda
a lo largo de un túnel
sordo.

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO,
EN PIEDRA

“cavan en mi vivir mi monumento”

Yo no sé quién te puso aquí, tan cerca
—alto entre los tranvías y los pájaros—
Francisco de Quevedo, de mi casa.

Tampoco sé qué mano
organizó en la piedra tu figura
o sufragó los gastos,
los discursos, la lápida,
la ceremonia, en fin, de tu alzamiento.

Porque arriba te han puesto y allí estás
y allí, sin duda alguna, permaneces,
imperturbable y quieto,
igual a cada día,
como tú nunca fuiste.

Bajo cada mañana
al café de la esquina,
resonante de vida,
y sorbo cuanto puedo
el día que comienza.

Desde allí te contemplo en pie y en piedra,
convidado de tal piedra que nunca

bajarás cojeando
de tu propia cojera
a sentarte en la mesa que te ofrezco.

Arriba te dejaron
como una teoría de ti mismo,
a ti, incansable autor de teorías
que nunca te sirvieron
más que para marchar como un cangrejo
en contra de tu propio pensamiento.

Yo me pregunto qué haces
allá arriba, Francisco
de Quevedo, maestro,
amigo, padre
con quien es grato hablar,
difícil entenderse,
fácil sentir lo mismo:
cómo en el aire rompen
un sí y un no sus poderosas armas,
y nosotros estamos
para siempre esperando
la victoria que debe
decidir nuestra suerte.

Yo me pregunto si en la noche lenta,
cuando el alma desciende a ras de suelo,
caemos en la especie y reina
el sueño, te descuelgas
de tanta altura, dejas
tu máscara de piedra,
corres por la ciudad,

tientas las puertas
 con que el hombre defiende como puede
 su secreta miseria
 y vas diciendo a voces:
 "Fué el soy un será, pero en el polvo
 un ápice hay de amor que nunca muere."

¿O acaso has de callar
 en tu piedra solemne,
 enmudecer también,
 caer de tus palabras,
 porque el gran dedo un día
 te avisara silencio?

Dime qué ves desde tu altura.
 Pero tal vez lo mismo. Muros, campos.
 solar de insolaciones. Patria. Falta
 su patria a Osuna, a ti y a mí y a quien
 la necesita.

Estamos
 todos igual y en idéntico amor
 podría comprenderte.

Hablamos
 mucho de ti aquí abajo, y día a día
 te miro como ahora, te saludo
 en tu torre de piedra,
 tan cerca de mi casa,
 Francisco de Quevedo, que si grito
 me oirás en seguida.

JOSE ANGEL VALENTE

**Ven entonces si puedes,
si estás vivo y me oyes
acude a tiempo, corre
con tu agrio amor y tu esperanza —cojo,
mas no del lado de la vida— si eres
el mismo de otras veces.**

LA PLAZA

A José Luis Aranguren.

La piedra está
firme y anónima.
Sostienen los pilares
con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló
tal vez a hombres unidos
en la misma esperanza.

Tal vez entonces
tuvo en verdad la vida
cauce común y fué la patria
un nombre más extenso
de la amistad o del amor.

Aquí
latía un solo corazón unánime.

Porque fué éste
lugar de comunales
sueños, repartidas faenas,
palabras pronunciadas
con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso
la piedra aún se levanta
donde, piadosamente,
en el aire extinguido,
mi mano toca ahora
la soledad.

CEMENTERIO DE MORETTE-GLIERES, 1944

No reivindicaron
más privilegio que el de morir
para que el aire fuese
más libre en las alturas
y los hombres más libres.

Ahora yacen,
con su nombre o anónimos,
al pie de Glières y ante la roca pura
que presenció su sacrificio.

Hombres
de España entre los muertos
de la Alta Saboya:
ellos lucharon por su luz visible,
su solar o sus hijos, mas vosotros
sólo por la esperanza.

La nieve aún dura prodigiosamente
viva en el aire mismo
donde morir fué un puro
acto de fe o de supervivencia.

¿Quién podría decir que murieron en vano?

Al cielo roto y a la tierra vacía,
a los pueblos de España,
a Herbás, a Mula, a todas
las islas Baleares,

a Mendavia, Viñuelas,
Ambrán, La Almunia,
Terrecampe, Tembleque,
devuelvo el nombre de sus hijos:

Félix

Belloso Colmenar, Patricio
Roda, Gabriel Reynes o Gaby, Victoriano
Ursúa, Pablo Fernández,
Avelino Escudero,
Paulino Fontava, Florián Andújar,
Manuel Corps Moraleda.

Otros duermen tal vez
bajo una cruz desnuda, lejos
de su país, de su memoria, donde
todos los muertos son
un solo cuerpo ardiente:
carne nuestra, palabra,
historia nuestra que no conocimos,
sangre sonora de la libertad.

LA MENTIRA

Caminan por los campos, arreando sus bestias
cargadas de cadáveres, hacia el atardecer.

Pero no allí,
sino en el centro de la ciudad
están (aunque su reino sea
más odioso en el alma): son
los mercaderes del engaño.

Levantán en la plaza
sus tenderetes y sus palabras, pues son hábiles
en el comercio de la irrealidad.
Proceden del sueño y también
lo engendran a su vez.

Mezclaos entre la multitud y veréis
hasta qué punto sus palabras son vanas,
pues no les pertenece ni un solo corazón.
Si alguien levanta su voz en la asamblea,
tal vez un hombre honrado,
para enarbolar la verdad,
ellos extienden sus manos engañosas
hasta teñir el cielo de un sangriento color.
Porque tienen el viejo poder de la mentira
que desciende en la noche,
cubre los campos,
se mezcla a las semillas,
contamina los frutos de toda corrupción.

Mentira es nuestro pan, el que mordimos
con ira y con dolor.

Bajamos a la caída de los sueños
como una bandada de pájaros sedientos de verdad.
Pero ninguna hora había sonado
que fuese nuestra. Entonces comprendimos
que al igual que la tierra huérfana de cultivo,
debíamos dar fruto en soledad.

Pero ahora acercaos: ved
como la noche cae. Se oye
un largo toque de silencio y redobla
el hisopo sobre el tambor.

La plaza está desierta (parece descansar
la ciudad en un sueño más hondo que la muerte).
Sólo quedan palabras como globos hinchados,
ebrios de nada. Van
flotando lentamente sobre la carroña del día
y su implacable putrefacción.

SOBRE EL LUGAR DEL CANTO

La mentira y sus vástagos.

El odio

espeso y su constelación de sombra.

La cólera terrible de la tierra
que no alimenta la raíz del aire
y se acuesta en la tierra boca abajo.

La palabra que nace sin destino.

La sangre que no siembra más que sangre.

El pan desposeído de la casa del hombre.

La opaca caridad del rico sórdido.

La simonía de la inteligencia.

El miedo y sus profetas.

Un fruto triste se desgarrar y cede
más débil que su propia podredumbre.

Esta es la hora, éste es el tiempo

—hijo soy de esta historia—

éste el lugar que un día

fué solar prodigioso de una casa más grande.

LA CIUDAD DESTRUIDA

*I, John, I did hear an eagle calling
high in the midst of heaven*

Yo, Juan, vi un pájaro
caer sobre la noche,
beber hasta saciarse en sus entrañas.
Vi un águila en lo alto.

Los ojos habitaron lo vacío
sobre los muros humeantes donde
pudiera haber entrado la mañana.

Como un gran río dura
perpetuamente sepultado el llanto,
como un gran diamante
el poder de la muerte.
El aire espera en vano otras palabras,
porque han caído nuestros sueños sobre
la tierra y sobre el tiempo.

Dura
la piedra calcinada, pero no el fuego,
y la desolación, mas no la mano
del hombre.

Inútil fué,
en vano edificamos las murallas,
pusimos un umbral: la enorme noche
creció con las semillas,
y en la raíz de nuestra vida estaba
el fruto amargo que gustamos.

Escribe el ángel:
“Cayó la poderosa...”

Oí un águila
gritar desde lo alto.
(Colmado estoy de sombra.)
Pero no preguntéis,
porque la respuesta es anterior a la pregunta
y no puede encontrarla.

Desde otra orilla y otro mar
los minuciosos pescadores pequeños
vieron el sol nacer en occidente.
Dirán: “Fué destruída;
el puerto y los mercados vacíos de riqueza,
y de oro y de plata y de piedras preciosas,
de madera y marfil y metales extraños,
de perfumes y aceite,
y de trigo y de bestias y de almas de hombres.”

Común materia, el aire, el tiempo, el hombre
¿se salvarán de la segunda muerte?
Entre la destrucción y la inocencia nueva
¿podrán ser rescatados de la noche?

¡Oh noche!

Un ave inmensa

se cierne sobre el aire,
cubre los siglos de ignominia, sacia
su oscura sed de sangre.

Cayó cuanto se alzaba vacío desde el sueño
y en su triste recinto aún dura el llanto,
porque los muertos son bastardos de la muerte,
hijos de otra memoria.

V

LA SALIDA

A Vicente Aleixandre.

En el andén, la despedida
corta y fugaz como las lágrimas.
Después el paso largo
a través de arrabales perezosos,
los primeros yerbajos, los desmontes
donde se amontonaban las basuras,
el cinturón de lo olvidado, hombres
que alzaban su silueta indiferente
y seguían despacio.
Luego el campo,
las desnudas hileras de los álamos
en dirección contraria a nuestro pecho
caminando veloces.
Y después las montañas.
Entrábamos en túneles espesos
conteniendo la vida con angustia
en el espacio entre dos respiraciones.
Parecía la sombra demasiado larga,
demasiado honda e invencible.
Pero al cabo saltaba, siempre otra vez, la vida
del lado de la luz,
donde el humo quedaba
como una mano lenta
que se desvaneciera en la caricia.

JOSE ANGEL VALENTE

**Y luego el sueño
y el despertar y el sueño y más sombra
por donde caminábamos a tientas
braceando, luchando,
hasta caer de pronto en un aire sin fondo
donde apenas pesaban nuestros cuerpos.**

*Luchando a solas contra el sueño.
Siempre.*

*En la alta vigilia
conjurando mi vida
contra su maleficio.*

*Como un atleta oscuro
ha avanzado,
invadiéndolo todo. Apenas
resiste el pensamiento,
allá en lo hondo,
a su dominio.*

*Un gallo canta lejos,
remoto, en la frontera
difícil de la sombra.
Siempre, siempre.
Y a la luz me encomiendo.*

**No sé cuánto camino
llevamos recorrido
ni cuánta sombra
ni cuánta luz hemos dejado lejos.
Y ¿quién podría ahora
asomarse, mirar,**

llevar la cuenta,
 horadar la distancia a centenares
 de leguas más atrás,
 de descensos veloces,
 de arduas ascensiones, todo
 en un solo relámpago?

Entre la velocidad y la quietud
 de la parada súbita
 y el nuevo caminar
 y el tiempo
 y el enorme vacío
 que abre sus fauces entre dos segundos,
 resbalamos despacio.

¿Es esto el mar,
 su olor salobre a mar y las embarcaciones
 a remo, a vela, a punta de puñal
 rasgando el pecho tembloroso del agua?

Como una gaviota
 en grandes círculos
 bajo hasta el centro mismo de mi infancia
 y un niño me persigue
 dando voces crueles,
 arrojándome piedras
 de inocencia y blancura.

Y ¿quién podría huir?

¿Es esto el mar?

¿Es esto el cadáver de alguien
 a quien hemos amado
 y todavía nos aguarda
 con la paciencia del amor total?

Henos al cabo sitiados,
rodeados de figuras lejanas
que mastican
una ceniza humedecida y triste
y nos hablan de tú,
de: "tú regresas,
tú recuerdas,
tú sabes...", más y más y no podemos
reconocer a nadie en tantos rostros.
Este es el banquete
solemne que me ofrecen,
el banquete de todo lo que el polvo
ha reducido a polvo, mientras
aquel niño que fui,
la odiosa criatura
que no olvida mi nombre,
me llama cruelmente,
se sube a los tejados,
trepa a las torres hasta ensordecirme
y convocando años y cadáveres
irremediabilmente me condena.

*De cuantos reinos tiene el hombre
el más oscuro es el recuerdo.*

*Oh qué feroz acometida
contra una vida tantas muertes.*

*La sombra cierra las espaldas
con un bramido lento y sordo.*

*Sobre las huellas del que huye
su ciego reino se proclama.*

Este es el llano
que reúne a los hombres
en la fertilidad y en los abrazos.
Primero el trigo
y después las ciudades.
Suben más viajeros
que repiten las mismas actitudes;
alguien se desespera mientras suena
la orden de partida en altavoces
cuya capacidad llega a tres lenguas
sobre las despedidas silenciosas.
Una torre levanta su estatura.
Un pájaro planea
y cae después veloz sobre su presa.
Un perro corre a nuestro paso,
ladra y lo apaga la distancia.
Un niño. Una ventana
tremendamente próxima y en ella
una muchacha que puede estar cantando,
aunque no sé si canta, o que podría
estar fingiendo estar y no haber existido.
Después declina el día.
Se oye el rumor de las conversaciones.
Alguien pregunta en otra lengua
por la puntualidad de la llegada,
pero no importa adónde. El horizonte
se hace más hondo ahora.

En los pequeños pueblos
el humo hace señales
de paz y de distancia.

Al borde de un camino,
un cementerio de lugar.
Tal vez todas las lápidas
rezan con voz monótona:

“Viajero, detente...”

Pero no hay tiempo, amigos,
bajo la lluvia: amigos,
enemigos, parientes, conocidos,
niños súbitos,
prolongados abuelos.

No, no hay tiempo,
aunque todo nos lleve a idéntico destino.

*Nocturnamente,
mientras yacemos en el lecho
y nos ata el amor
al hilo de la especie
y somos sangre
y sentimos
la gravedad desnuda de los cuerpos,
tú que velas sobre la tierra
—luna de claridad,
nocturnamente—
en el mismo lugar donde cayeron
hacia el gran abandono,
da paz a nuestros muertos.*

Casi, entre dos imágenes
 que pasan velozmente
 ante nuestras pupilas,
 no hay espacio para un pensamiento.
 Un río queda atrás, después
 una pequeña casa arruinada
 por la guerra tal vez o por el tiempo
 o sólo porque se desmoronaran los suspiros.
 Pasamos
 con un ruido sordo
 al borde de un abismo
 de muchos pies,
 casi sin darnos cuenta
 o dejando caer una palabra
 que jamás llega al fondo,
 mientras nos alejamos
 y más y más
 imágenes veloces nos envuelven.
 Van devorándose
 unas a otras sin cesar y tantas
 presencias hacen
 solamente un olvido.
 No podríamos retenerlas
 o quedarnos al menos
 con una sola
 que fuese nuestra,
 no sujeta a la muerte.
 Cien veces más veloz
 que nuestro pensamiento,

pasa de amor a olvido
ciegamente la vida.

No podemos pensarla. No podemos
pensar... Pasar, pasar, podemos
solamente pasar, como ahora paso
de un monte a un río, de una voz al eco
de una voz: lejanos
árboles, sembrados,
una ciudad, los campos,
campos, campos..., solamente pasar,
dejar atrás la inmensa
extensión del olvido.

*Por eso ahora,
a medio caminar,
en medio del camino
—porque éste es el tiempo
y no lo ignoro— digo
otra vez la plegaria:
“Que despertemos en tu nombre,
que despertemos en tu reino,
que despertemos en tu duración,
así en la tierra
como en el cielo,
Padre.”*

Sé cuál es mi destino
pero no lo conozco.

Difícil es partir
cuando arrancarse a todo lo que amamos
duele tanto en los labios.

Amargas son entonces las palabras
 y se abre el alma
 como la piel de un fruto
 que al cabo no pudiera
 contener su semilla.

Como a la madurez de la estación sucede
 la inexorable gravedad de la espiga,
 todo se hace destino.

Hemos andado mucho
 apartando la muerte,
 como se apartan los arbustos
 y su enmarañada oscuridad en el bosque
 para ver más allá.

Ahora sumo imágenes,
 rostros, acciones, nombres,
 peso el amor.

Esta es la cuenta al cabo:
 estamos solos.

Alrededores son, postrimerías,
 ecos remotos cuanto llega ahora
 de más allá de la distancia.

Como los animales en la selva
 escuchan el reclamo
 del cazador
 y se hacen sólo olfato,
 en silencio esperamos.
 Al fin nos hemos detenido.

Todo

se hace destino.

Recojamos

el pequeño bagaje improvisado,
porque no había tiempo
más que para partir
cuando partimos.

Descendamos después
y entre la multitud de los que llegan,
con paso lento
y el corazón entero en la firmeza,
ingresemos despacio en la enorme salida.

INDICE

	<i>Páginas</i>
Primer poema	11
Soliloquio del Creador	15
El Muro	17
El emplazado	19
El alma	21
Cae la noche	23
El milagro	25
Entrada al sentido	29
El día	31
La última palabra	33
La cabeza de Yorik	35
La llamada	37
El descuidado	39
Los olvidados y la noche	41
Tuve otra libertad	45
La luz no basta	47
El sueño	49
El odio	51
El otro reino	53
Como un relámpago	57
Son los ríos	59
Pero no más allá	61
Cuando estoy ante ti	63
Hemos partido el pan	65
Maternidad	67
Objeto del poema	71
El cántaro	73
Rotación de la creatura	75

	<i>Páginas</i>
Tres fragmentos	77
El sapo	81
La respuesta	83
El resucitado	85
Epitafio para un desconocido	87
El peregrino	89
La mañana	91
Salmodia de la buenahombria	93
De tontos tenebrosos	95
A don Francisco de Quevedo, en piedra	97
La plaza	101
Cementerio de Morette-Glières, 1944	103
La mentira	105
Sobre el lugar del canto	107
La ciudad destruida	109
La salida	115
Indice	125

**Este libro POEMAS A LÁZARO que editó INDICE,
se terminó de imprimir en Madrid el
día 30 de enero de 1960, en
Artes Gráficas E. M. A.
Paz, núm. 8
"uy"**

Otros libros de
EDITORIAL «INDICE»

Colección Goya

El arte negro, por José Osorio de Oliveira.— Prólogo de Luis Trabazo.— 16 ilustraciones en couché 55 pts.

Colección Calderón

Las supervivientes, drama, por Eusebio García Luengo.— Prólogo de J. Fernández Figueroa. Epilogo-historia del autor. 30 pts.

Colección Unamuno

El tiempo y el «hay», por Alvaro Fernández Suárez.— Prólogo de J. Fernández Figueroa 30 pts.
Metafísica de los sexos humanos, por Pedro Caba 45 pts.

Colección Galdós

Serenidad (Escenas madrileñas), por Carlos Gurméndez 50 pts.
Dos novelas de amor, por Fernando-Guillermo de Castro.— Premio Sésamo 50 pts.

Colección Machado

Plegaria por las cosas, por Ricardo Paseyro 30 pts.
El costado del fuego, por Ricardo Paseyro 35 pts.

Colección Testigos de hoy

La máquina de lavar cerebros, por Lajos Ruff. 45 pts.

Colección Relatos contemporáneos

Yo asumo la vida de Pedro Olmo, por Enrique Ruiz García. 50 pts.

B. Dip. Almería

AL-821-VAL-poe



1003095

Tres ensayos quijotescos,
por J. Fernández Figueroa.— Edición limitada, numerada y firmada por el autor.— Dibujos de Balagueró y L. Trabazo 100 pts.

índice